

HISTORIA DE LOS ACONTECIMIENTOS E HISTORIA ECONOMICA Y SOCIAL. NORMAS DIDACTICAS

por JUAN REGLÁ

Catedrático de Historia de la Universidad de Valencia.

El tema o enunciado a desarrollar en estas páginas (exceptuó las normas didácticas), que me ha sido sugerido por la dirección de VIDA ESCOLAR al dispensarme el honor de colaborar en este número de la revista, parece entrañar una disyuntiva entre dos modos de concebir, escribir y, en su caso, enseñar la Historia: el que se concreta a los acontecimientos externos, de mayor o menor importancia —la *histoire évènementielle*, según la moderna terminología francesa—, y el que se empeña en buscar unas “causas más profundas”, de índole económica (fuentes de riqueza, aprovechamiento y reparto de los beneficios que proporcionan) y social (grupos sociales, condicionados por las ocupaciones respectivas de las personas que los integran y definidos por una mentalidad más o menos característica). Ello parece incuestionable a simple vista. Conviene precisar desde ahora, sin embargo, que toda Historia es social, ya que se centra en el hombre y, en consecuencia, en la sociedad. Las actividades de estos hombres, de estas sociedades, en el campo económico, político, literario, religioso, artístico, etc., constituirán el objetivo de la Historia económica, política, literaria, religiosa y artística que, por ello, no dejarán de ser *Historia social*.

* * *

Unas reflexiones previas y de tipo general sobre lo que es la Historia y cómo se concibe en nuestros días —reflexiones que procuraremos adecuar al carácter y finalidad de esta revista— nos ayudarán a comprender las citadas concepciones y su superación por una Historia que sea verdaderamente la ciencia de todos los hombres en el tiempo. También nos serán útiles para enfrentarnos con el aspecto pedagógico de la disciplina en cuestión.

Los cultivadores de las distintas disciplinas científicas van ampliando el radio de acción de su especialidad respectiva y contribuyen a su progreso, mediante nuevas conquistas e investigaciones. Pero estas sucesivas ampliaciones van

complicando cada vez más el contenido de las diversas ciencias, que de unos conocimientos elementales se han transformado en unas disciplinas abrumadoras, cuyo dominio exige una entrega total. El enciclopedismo del siglo XVIII, por ejemplo, es inconcebible en nuestros días, en que el estado de las ciencias exige la especialización. Todo ello plantea un grave problema pedagógico, cuyas dificultades aumentan a medida que se descende a los niveles más elementales de la enseñanza. En efecto, el presentar el “estado actual” de una disciplina cualquiera a alumnos universitarios puede ser relativamente fácil. Las dificultades aumentan en la Segunda Enseñanza y en mucho mayor grado en las Escuelas primarias. Es obvio que las dificultades están fundamentalmente motivadas por la distinta capacidad o preparación de los alumnos. Pero lo que aquí nos interesa es otro aspecto de la cuestión: *la dificultad de resumir o sintetizar una disciplina científica al nivel de los alumnos a que se destina*. En gran parte, ello explica —y aquí quiero ceñirme exclusivamente a la Historia— el retraso con que las nuevas conquistas científicas, que han cambiado totalmente el panorama de los estudios históricos en los últimos años, se incorporan a los *Manuales*. Quizá ello se deba a las dificultades especiales que entraña la complejidad de la Historia, que exige interpretaciones —y, en consecuencia, síntesis— adecuadas a la mentalidad de cada época.

Hemos dicho ya que la Historia es la ciencia del hombre —de todos los hombres— en el tiempo, cuyo objeto consiste, por tanto, en el estudio de la vida humana con toda su extraordinaria complejidad. El hombre *necesariamente tiene historia*, aunque no una *historia necesaria*, ya que este último caso sólo podría darse en un hombre carente de libre albedrío, lo que constituye un absurdo para la concepción cristiana de la Historia.

En líneas generales, el hombre en la Historia ha sido considerado de dos maneras distintas: como individuo, es decir, como hombre aislado, y como ser social. Esta distinta consideración del

hombre ha conducido realmente a las dos interpretaciones de la Historia que examinamos en estas páginas: la Historia de los acontecimientos, que no tiene en cuenta a los *hombres sin historia*, para centrar su atención sólo en la cúspide de la pirámide social de cada país, y cuya exageración —o simplificación— es la Historia reducida a reyes, ministros, batallas y grandes individualidades sobresalientes en los distintos campos de la actividad humana; y la Historia económica y social (recordemos las precisiones anteriores sobre este último concepto), que centra su atención en la base de la pirámide y, en consecuencia, en los “hombres sin historia”, para conocer su vivir cotidiano, condicionado por sus actividades materiales, que a su vez influyen sobre los grupos en que se estratifica la sociedad respectiva.

La primera interpretación, predominante en el siglo XIX, es la que preside todavía la inmensa mayoría de los manuales de Historia destinados a la enseñanza, que obligan al estudiante a un abrumador esfuerzo memorístico para retener interminables listas de reyes —los reyes visigodos, por ejemplo— y fechas de batallas. La segunda —prescindimos aquí de la Historia económico-social en los moldes del materialismo dialéctico— ha surgido en realidad casi en nuestros días, como reacción frente a la absoluta insuficiencia de la primera y como un intento hacia una explicación más completa del pasado, centrado básicamente en la multiplicidad de hechos del hombre común.

A su vez, las dos interpretaciones de la Historia, a que acabamos de referirnos, han invertido —además del punto de referencia en la pirámide social (la cúspide en el primer caso y la base en el segundo)— la misma consideración del pasado, como algo sustantivo en el primer caso, y como algo subordinado al presente —a cada presente (en una intuición genial ya advirtió Goethe que *cada generación necesitaba escribir su propia Historia*), en el segundo—. Es decir, el historiador parte, en este último caso, de los problemas que le preocupan en un momento dado, para interrogar al pasado sobre ellos, buscando, en último término, la comprensión del presente por el pasado y de éste por aquél.

Hemos dicho ya que resulta fragmentario e insuficiente reducir la Historia —la ciencia de todos los hombres en el tiempo, no se olvide— a un simple relato de acontecimientos externos, protagonizados, como es natural, por una pequeña minoría, la de los *hombres con historia*, es decir, fijar sólo la atención en la cúspide de la pirámide social, según el ejemplo antes citado. Pero tampoco aprehendemos al hombre en toda la multiplicidad de sus facetas si sólo tenemos en cuenta una sola de sus actividades, la económica, protagonizada esencialmente por la masa de los *hombres sin historia*.

Lo que interesa al historiador es el hombre en su totalidad. Como observó el ilustre historiador francés Lucien Febvre, la Historia no es la ciencia del hombre “abstracto, eterno, inmutable en el fondo y perpetuamente idéntico a sí mismo, sino de los hombres en el cuadro de las sociedades a que pertenecen en una época determinada de su desarrollo, hombres dotados de funciones múltiples, actividades diversas, preocupaciones y actitudes variadas, que todos se mezclan y entrecruzan y acaban por concluir entre ellos una paz de compromiso que se llama la vida”. Y continúa diciendo Febvre: “Al hombre así definido se le puede coger por tal o cual miembro, por las piernas, por los brazos o por la cabeza, pero siempre es al hombre entero a quien aprehendemos. El historiador puede interesarse preferentemente por una de las actividades de ese hombre, la económica, por ejemplo; pero con la condición de no olvidar jamás que esa actividad que va a estudiar no puede desligarse en absoluto de la totalidad del mismo hombre, en el marco de la sociedad en que vive.”

Recapitemos lo expuesto anteriormente. La Historia tiene por objeto el estudio de la vida humana como un todo. Toda Historia es *social* y puede dividirse en tantas ramas como actividades humanas. El historiador puede escoger como objeto de estudio cualquiera de ellas —la economía (Historia económica), el Estado (Historia política), las relaciones internacionales (Historia diplomática), etc.—; pero a condición de tener siempre en cuenta que cada rama forma parte de un tronco común, que es el hombre en una época determinada. El ya citado Lucien Febvre comenta que si cada especialista aprehende sólo la parte del hombre que le interesa, los historiadores operarán sobre “trozos de cadáveres” y con ello jamás podrán enfrentarse con lo que precisamente constituye el objetivo fundamental de la Historia: el estudio de la vida humana en el pasado.

* * *

Es evidente que resulta mucho más fácil formular unos principios teóricos, que resuman en líneas generales el concepto de una ciencia cualquiera, que aplicarlos en un programa perfectamente estructurado de la disciplina en cuestión. Las dificultades aumentan si intentamos desarrollar el programa en una *síntesis* o *Manual* de la asignatura. Puedo hablar de ello con conocimiento de causa por haber redactado, en colaboración con mis compañeros de claustro en la Universidad de Valencia, doctores Ubieta y Jover, una *Introducción a la Historia de España*, que en forma manual presenta una visión del pasado hispánico a tenor de la concepción actual de la Historia. En el siguiente esquema, que puede tener un valor didáctico, formulado con sen-

cillez, incluso en la enseñanza primaria, quedan reflejadas las experiencias acumuladas.

1. Interesa previamente bosquejar las características geográficas del ámbito en que se desenvuelve la sociedad que vamos a estudiar en un momento dado. No se trata de una concesión al determinismo geográfico. Es incuestionable, sin embargo, que el paisaje *latu sensu* condiciona las actividades de las sociedades humanas que en él viven.

2. Hemos quedado en que al historiador le interesa la vida humana en un momento dado, por ejemplo, en la España de los Reyes Católicos. Es preciso tener en cuenta *todas las actividades de todos los hombres*, que podemos considerar integradas, básicamente, en los siguientes *planos paralelos o pisos superpuestos*: el *económico*, el *político*, el *cultural* y el *de las relaciones exteriores*. Todos ellos, como las ramas que no se pueden aislar del tronco o como los pisos que no se pueden separar sin que se derrumbe todo el edificio. Tronco y edificio son, en este caso, el hombre.

3. La sociedad se organiza en un Estado. Recurriendo de nuevo al ejemplo de la pirámide, la primera está en la base y el segundo en la cúspide. Si el plano económico se apoya en la primera, los tres restantes se centran o se acercan a la segunda. Partiendo del libre albedrío humano, no puede haber determinismos de ninguna

clase. Queremos decir que la base *condiciona* a la cúspide y, a su vez, es influida más o menos *intensamente* por ella. En el caso concreto de la economía, las fuentes de riqueza y su explotación por el hombre en un momento dado (*plano económico*) son inseparables de los conocimientos técnicos (*plano cultural*), de las medidas adoptadas por el Estado para su fomento y desarrollo (*plano político*) y del comercio exterior (*plano de las relaciones internacionales*).

Veamos ahora el contenido de los diversos planos o pisos, que para mayor claridad centramos en la España de los Reyes Católicos (1479-1516).

A. *Plano económico*.—Es conveniente una referencia previa al proceso económico general de la época. Rehuyendo el empleo de toda terminología científica, es evidente que hay unas épocas de mayor riqueza, prosperidad o expansión y otras de mayor pobreza, crisis o depresión. (Recordemos, como ejemplo significativo, los sueños del faraón egipcio interpretados por José: las siete vacas gordas y las siete vacas flacas.) Parece incuestionable que el primer caso facilita la vida humana, mientras que el segundo la complica.

En la España de los Reyes Católicos, como en el resto del Occidente europeo, se verifica el tránsito de la depresión económica de la Baja Edad Media a la expansión del siglo XVI. Como una particularidad notable, la mentada depresión afectó menos a Castilla que a la Corona de Ara-

La tarea urgente que se impone a nuestro mundo, y cuya realización o no realización juzgará nuestra época, es la de suprimir la injusticia irritante y creciente de la que es víctima la mayor parte de la humanidad. El hambre, la enfermedad, la privación de los conocimientos elementales indispensables para un mínimo de vida espiritual e incluso simplemente humana, estas plagas que origina la miseria de los hombres, la misma ciencia nos prueba que no son males inevitables en los que la humanidad está obligada a participar. Tanto las consideraciones políticas y económicas como las exigencias morales de justicia y de caridad nos exigen con deber estricto poner en marcha todos los recursos y todas las energías de las que disponemos para borrar una iniquidad que coloca a nuestra sociedad en estado de acusación.

Por otra parte, es necesario recalcarlo, los pueblos favorecidos no deben olvidar que tienen en la mayoría de los casos un deber de reparación de tantas injusticias y errores cometidos por los cristianos de "este viejo y no ejemplar Occidente". Esta lucha contra la miseria, emprendida con espíritu de verdadera solidaridad, creará entre los hombres lazos que les unirán, en tanto la miseria los separa enfrentándolos a unos contra otros; pero ello no será posible sin un propósito decidido de austeridad y un sentido del sacrificio cuya fecundidad debe comprender, mejor que nadie, el cristiano.

(Conclusiones Generales de la XI Asamblea Plenaria del MIIC, Pensée chrétienne et communauté mondiale, Recherche et Débats du Centre Catholique des Intellectuels Français, cahier núm. 23, París, mayo 1958, pág. 149.)

gón. Castilla pudo paliar sus consecuencias gracias a las exportaciones laneras.

Luego se impone el estudio de la población y su reparto geográfico y social (y confesional, en su caso), las fuentes de riqueza y su beneficio, y los grupos sociales, con sus mentalidades respectivas.

Recordemos sólo dos notas: la mayor pujanza económica de Castilla, debida a la riqueza lanera y su mayor potencialidad demográfica (siete millones de habitantes, contra uno toda la Corona de Aragón). Es obvio que ello contribuya a explicar la hegemonía de Castilla cuando se coloca la primera piedra de la unidad española.

B. *Plano político*.—Se refiere al Estado y a la influencia que en él ejercen los grupos sociales, así como la proyección de aquél sobre éstos. Hay que estudiar, pues, la organización del Estado, sus medios y sus fines, en el ámbito de la política interior-fiscal, social, económica, religiosa, ideológica... En el caso concreto de la España de los Reyes Católicos, interesa, sobre todo, la estructura constitucional de la monarquía hispánica y los problemas que plantearía su puesta en marcha.

C. *Plano cultural*.—Lo definen las individualidades y minorías que dan el tono cultural de la época en los diversos aspectos —Leyes, Ciencias, Artes—, así como la política cultural del Estado en sus diversas manifestaciones. En la España de los Reyes Católicos hay que estudiar las características del Renacimiento y del humanismo hispánicos, sus contactos con la intelectualidad europea y las directrices de la política cultural de la monarquía.

D. *Plano de las relaciones internacionales*.—Análisis de la proyección exterior del Estado y, en su caso, de la opinión pública. Teniendo en

cuenta los factores estudiados en los planos anteriores, la política internacional podrá ser comprendida en sus auténticas dimensiones. Por lo que se refiere a la época de los Reyes Católicos —partiendo de la unión personal de los reinos de Castilla y Aragón— estudiaremos: a) el esfuerzo por la unidad peninsular (conquista de Granada, recuperación de los condados de Rosellón-Cerdaña, anexión de Navarra, relaciones con Portugal); b) hacia la hegemonía en el Occidente europeo (alianzas y política italiana, mediterránea y africana), y c) descubrimiento de América y consecuencias inmediatas).

* * *

Creemos que este esquema puede satisfacer plenamente las exigencias de la Historia como se concibe en nuestros días. Jamás hay que olvidar que los citados *planos* o *pisos* no pueden cogerse por separado como si nada tuvieran que ver unos con otros, ya que ello equivaldría, según la ya citada metáfora de Febvre, a "matar al hombre" y "descuartizar su cadáver". La Historia no se ocupa de los muertos como tales, sino de sus problemas cuando vivían.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- FEBVRE, LUCIEN: *Combats pour l'histoire*. París, 1953.
BARRACLOUGH, G.: *La Historia desde el mundo actual*. Madrid, 1959.
BUTTERFIELD, H.: *El cristianismo y la Historia*. Buenos Aires, 1957.
DÍEZ DEL CORRAL, L.: *El rapto de Europa*. Madrid, 1954.
VICENS VIVES, J.: *Historia económica de España*. Barcelona, 1958.
UBIETO-REGLA-JOVER: *Introducción a la historia de España*. Editorial Teide. Barcelona, 1963.
Un buen Atlas histórico: A. UBIETO: *Cómo se formó España*. Valencia, 1958.

A medida que las sociedades fueron alcanzando la madurez en el siglo XX sucedieron dos cosas: el ingreso real «per capita» aumentó a tal punto que un gran número de personas alcanzaron un nivel superior de consumo que sobrepasó a los productos básicos: habitación, vestido y sustento, y cambió de tal modo la estructura de las fuerzas del trabajo que incrementó la proporción de la población urbana en relación con la población total y, más tarde, también la proporción de la población empleada en oficinas o en labores fabriles calificadas —conocedora y ávida de adquirir los beneficios de consumo de una economía madura.

Como complemento de estos cambios económicos, la sociedad dejó de aceptar la extensión adicional de la tecnología moderna considerándola como objetivo supeditado. En esta etapa de la posmadurez, por ejemplo, las sociedades occidentales, a través del proceso político, han optado por asignar grandes recursos para el bienestar y la seguridad sociales. El surgimiento del Estado benefactor constituye la manifestación de una sociedad que se desplaza más allá de la madurez técnica; pero es también en esta etapa cuando los recursos tienden, cada vez más, a ser dirigidos hacia la producción de bienes duraderos de consumo y a la difusión de servicios en gran escala, siempre que predomine la soberanía de los consumidores. Gradualmente se fue propagando el uso de la máquina de coser, de la bicicleta y, posteriormente, de los diversos artefactos eléctricos para uso doméstico. No obstante, desde un punto de vista histórico, el elemento decisivo ha sido la barata producción en masa del automóvil, con sus efectos completamente revolucionarios, tanto sociales como económicos, sobre la vida y perspectivas de la sociedad.

(W. W. Rostow, *Las etapas del crecimiento económico*. Fondo de Cultura Económica. Méjico-Buenos Aires, 1961, pág. 23.)